

SOBRE EL



PERIQUILLO SARNIENTO

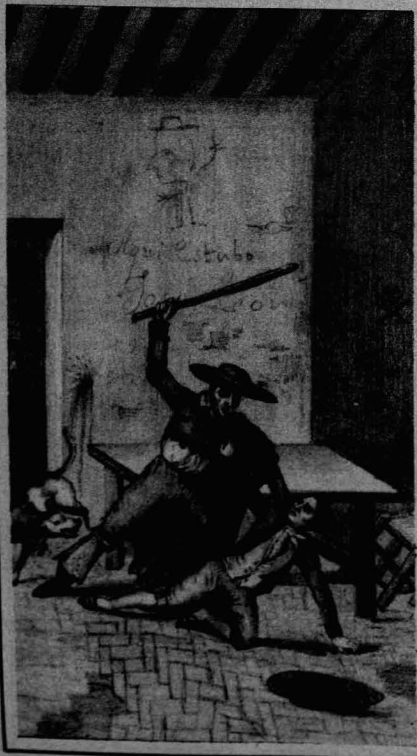
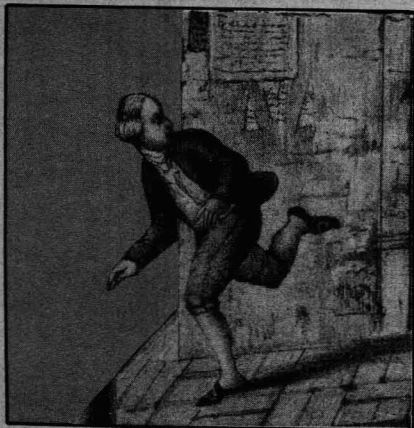
Por Sergio Pitol



Consideraba yo al emprender este trabajo, la figura de José Joaquín Fernández de Lizardi como la de un héroe de la insurrección de 1810, un abnegado apóstol de la lucha por la Independencia de México. Así nos lo presentaban los maestros de bachillerato, siguiendo, tal vez, el modelo propuesto por algunos bien intencionados escritores nacionalistas del siglo XIX, quienes, en su afán de hacer corresponder la obra del Pensador Mexicano con los ideales de la Insurgencia, convertían casi al escritor en un autor de manifiestos libertarios e insurreccionales. La moderna bibliografía nos desvanece tal ilusión. Fernández de Lizardi no fue esa especie de padre aguerrido de la Nueva Nación. Fue un criollo con poca comprensión hacia el movimiento libertario iniciado por Miguel Hidalgo, que no manifestó simpatías por la Independencia sino hasta el periodo final, cuando Iturbide, general del Ejército español cambia de bando y con ello decide la victoria de los insurgentes y por ende la creación del nuevo y soberano estado mexicano.

No fue Lizardi ese héroe, repito, que un afán patriótico me había acostumbrado a concebir como tal. Fue menos que eso. Pero también fue mucho más que un criollo acomodaticio y conformista. Un heroísmo existió en él, diferente al de los caudillos militares... Fue una cámara que reprodujo la agonía de la sociedad virreinal, que penetró en sus ocultos escondrijos, bajó a sus sótanos pestilenciales, y puso al desnudo los centros de poder más importantes del mundo colonial: el organismo político, el estado eclesiástico y los intereses económicos. Fernández de Lizardi pagó con valentía el precio de ese atrevimiento: fue procesado, fue encarcelado, fue temporalmente excomulgado.

El Periquillo Sarniento, la primera novela propiamente dicha de la Nueva España (y esto de "primera novela" y de "novela propiamente dicha" habría que colocarlo en el terreno de la duda, aunque por el momento podamos utilizar estos conceptos como un asidero necesario para nuestras inquisiciones) es la gran crónica negra del régimen colonial en México. Se desprende de ella un tufo de cloaca, una profusión de piojos y ratas, de apuros y penurias que la convierten en el reverso de las crónicas heroicas que dos siglos atrás cantaban las gestas de la Conquista. Fernández de Lizardi vendría a ser el anticronista de Indias. De ninguna manera



asoma en él el deslumbramiento, el júbilo, la deleitosa curiosidad que encontramos en las páginas de Bernal Díaz del Castillo en su marcha y su encuentro con la gran Tenochtitlán, la capital de los aztecas, el más grande centro habitado de Mesoamérica. La visión de esa misma ciudad, doscientos cincuenta años más tarde transformada en capital de un Virreinato agonizante, sería la de un mundo excrementicio, desencantado, corrupto, inepto y represor. Una visión parcial, sí; desde luego. Pero, ¿qué novelista que se precie de serlo no ha dado sino una versión parcial de su sociedad? Y no por ello esa visión deja de ser cierta aunque sólo refleje a un determinado segmento social.

No es puramente voluntario el que Fernández de Lizardi trate sólo a un sector de la sociedad; sean víctimas o victimarios, él siempre sitúa a sus personajes en los estratos medios de la sociedad criolla. Se trata de una fauna menor pero significativa: escribanos, subdelegados políticos, medicastros, leguleyos, curas de aldea, sacristanes, pequeños propietarios, amas de casa, boticarios, prostitutas, jugadores de profesión. Cuando pretende alcanzar otros niveles, señala Felipe Reyes Palacios en su esclarecedor prólogo a la reciente edición de *El periquillo* publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México, es siempre la censura quien le marca el paso. Por eso, para teorizar sobre la actividad pública o la inutilidad de los títulos nobiliarios, por ejemplo, tiene el autor que enviar a su protagonista al lejano oriente, a una isla imaginaria, donde lo hace discutir con un sabio gobernante chino por cuya boca se expresan una serie de razonamientos que ponen en entredicho las virtudes del sistema político y económico vigente en la Nueva España.

Pero aún antes de llegar a esos refinamientos orientales, durante la estancia del Periquillo en el pueblo de Tixtla, al que podríamos considerar como un microcosmos de esa sociedad a la que tantas objeciones opone el autor, encontramos ya los retratos del gobernante, el cura y el rico del pueblo. Tixtla se convierte en un espejo reducido de la Nueva España. El subdelegado político, de quien Periquillo es colaborador y cómplice, está decidido a enriquecerse a como dé lugar en el transcurso de cinco años, que es lo que dura su cargo. Inventa todo tipo de sanciones y multas para castigar y explotar a los lugareños. "Apenas salían éstos del juzgado cuando se iban a su casa otra vez. Los dejaba descansar unos días, y luego les caía de repente y les arrancaba más dinero. Pobre labrador hubo de éstos que en multas se le fue la abundante cosecha de un año; otro se quedó sin su ranchito por la misma causa, otro tendero quebró, y los muy pobres se quedaron sin camisa... No era más que una esponja para chupar al pueblo, y un firmón para autorizar los procesos y las correspondencias de oficio... Con tan buen par de pillos (sigue hablando el Periquillo, refiriéndose al subdelegado y a él mismo) rabiaban los infelices indios, gemían las castas, se quejaban los blancos, se desesperaban los pobres, se daban al diablo los riquillos, y todo el pueblo nos toleraba por la fuerza en lo público, y nos llenaba de maldiciones en secreto".

"Sería menester cerrar los ojos y taparse los oídos si estampara yo en este lugar las atrocidades que cometimos entre los dos en menos de un año, según fueron de terribles y escandalosas; sin embargo, diré las de menos: Contraviniendo a todas las reales órdenes que favorecían a los indios, nos servíamos de estos infelices a nuestro antojo, haciéndolos trabajar en cuanto queríamos y aprovechándonos de su trabajo. Por cualquier pretexto publicábamos bandos cuyas penas pecuniarias impuestas en ellos exigíamos sin piedad. Pero ¿qué bandos y para qué cosas más extrañas! Supongamos: para que no anduviesen burros, puercos ni gallinas fuera de los corrales, para que nadie fuera a misa descalzo, etc... Los mortificábamos y exprimíamos siempre que podíamos. Eso sí, el delincuente que tenía dinero, hermana, hija o mujer bonita, bien podía estar seguro de quedar impune, fuera cual fuera el delito cometido... Lo peor es que en teniendo los reos plata o faldas que los protegieran, aunque hubiera parte agravada que pidiera castigo, salían libres y sin más costas que las que tenían adelantadas; pero si era pobre o tenía una mujer muy honrada en su familia, ya se podía componer, porque le cargábamos la ley hasta lo último, y cuando no era delincuente, tenía que sufrir ocho o diez meses de prisión; y aunque nos amontonara escritos sobre escritos, hacíamos tanto caso de ellos como de las coplas de la Zarabanda".

"Por otra parte, el señor cura alternaba con nosotros para mortificar a los pobres vecinos". Y allí cuenta Periquillo una historia ejemplar de este santo varón el día en que una pobre mujer sin dinero se le acerca en demanda de entierro para el marido

que acaba de morir. El cura de inmediato le exige el pago. Sin él, no hay entierro. La mujer insiste en que no tiene la suma requerida.

“—Pues anda, mira lo que haces y no me muelas— decía el cura muy enfadado— que a mí no me han dado el curato para fiar los emolumentos, ni me fía el tendero, ni el carnicero, ni nadie.

“—Señor —insistía la infeliz—, ya el cadáver se comienza a corromper y no se puede sufrir en la vecindad.

“—Pues cómetelo, porque si no traes completos los siete pesos y medio no creas que lo entierre por más plagas que me llores. ¡Quién no conoce a ustedes, sinvergüenzas, embusteras! Tienen para fandangos, y almuerzitos en vida de sus maridos, para estrenar todos los días zapatos, enagua, y otras cosas, y no tienen para pagar los derechos del pobre cura. Anda noramala y no me incomodes más”.

Para matizar la indignidad de ese sacerdote, Fernández de Lizardi crea a otro clérigo, humilde y generoso, de visita en el lugar, que le da a la mujer la cantidad necesaria para pagar el entierro. Pero la imagen de ruindad del prelado de Tixtla ha quedado firmemente consignada.

Falta un solo grupo para tener el cuadro total de las fuerzas vivas del lugar. El de los ricos de Tixtla. Eran cuatro, unos comerciantes y otros labradores ricos. Periquillo los califica de usureros, monopolistas, ladrones y consumidores de la sustancia de los pobres del pueblo. “Además de eso”, dice, “eran soberbísimos.

A cualquier pobre indio, o porque les cobraba sus jornales, o porque les regateaba, o porque quería trabajar con otros amos menos crueles, lo maltrataban y golpeaban con más libertad que si fuera su esclavo... Mandaban en el juzgado y en la cárcel; y así ponían en ella a quien querían por quitame allá esas pajas... Sólo a estos cuatro pícaros respetábamos; pero a los demás los exprimíamos y mortificábamos siempre que podíamos”.

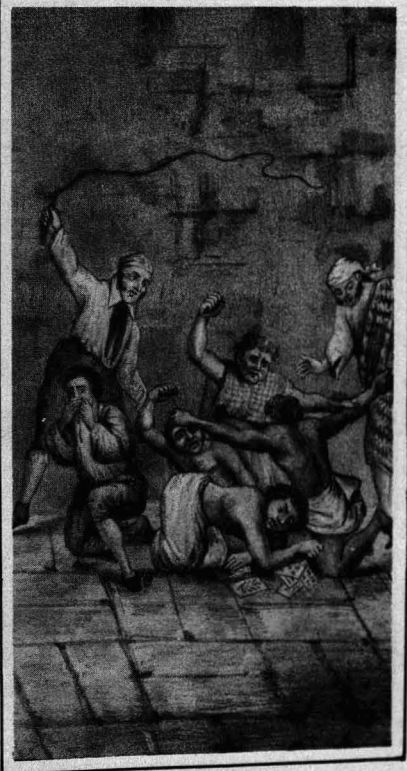
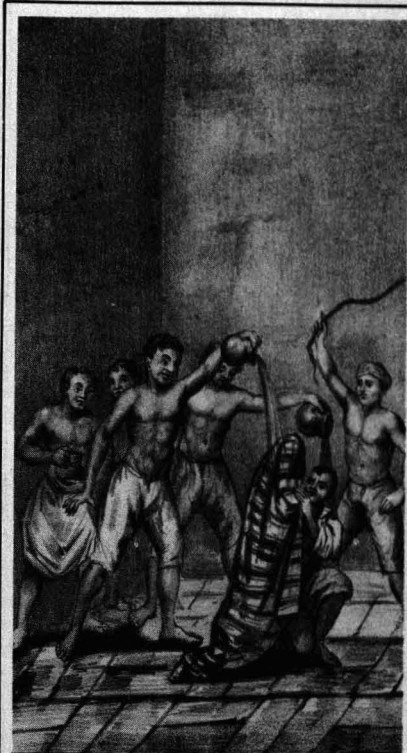
Esa es Tixtla, señores. Al menos así la veía hacia 1816 el cronista Fernández de Lizardi. El mismo que en diversas gacetas y sueltos periodísticos se alarmaba por la baja calaña de las huestes que seguían al cura Hidalgo en su marcha libertaria, a las que consideraba cultural y espiritualmente ineptas para llevar a cabo la renovación de una sociedad descompuesta, es capaz de presentarnos con toda honestidad a esos representantes de la maldad oficial, económica y eclesiástica, contra quienes aquellos desarrapados luchaban. Al leer estas páginas no cabe duda sobre el partido que los indios, los expoliados, las castas de Tixtla tomarían en el momento en que el ejército insurgente se acercara a la población. Tampoco es necesaria una gran imaginación para saber cuáles serían las cabezas cortadas que colocarían en lo alto de sus picas. De manera oblicua, Fernández de Lizardi les ha reconocido la razón.

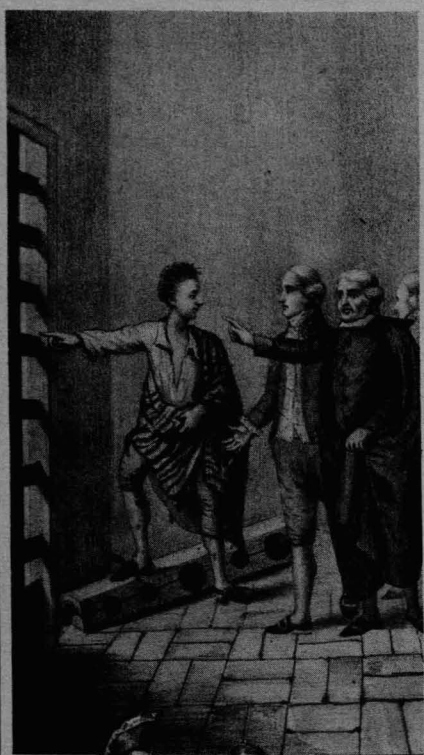
Nuestro autor era un hombre de reformas, un educador nato, un perfecto legislador, que hubiera podido ser un constituyente perfecto. Su primer biógrafo americano, Jefferson Rea Spell, en *The life and the works of José Joaquín Fernández de Lizardi* (Filadelfia, 1931), analiza las proposiciones sociales del autor en su última etapa, las que en forma suscita serían las siguientes:

“Se manifestó por una forma republicana de Gobierno con representantes elegidos por el voto directo del pueblo, incluyendo en este concepto a las mujeres; demandó una administración municipal más eficaz que garantizara tanto mejores condiciones de salubridad y seguridad públicas, como la reglamentación del comercio, la industria, y las diversiones públicas. En su plataforma religiosa presentó como cuestiones básicas la libertad absoluta de fe, la secularización de las propiedades de la iglesia, la prohibición de que los religiosos ocupen cargos políticos, así como la supresión total de la Inquisición, los juzgados eclesiásticos, los diezmos y toda otra forma de exacción practicada por los curas. Atacó el principio de la infalibilidad del papa, el celibato, los votos perpetuos y el bautismo. Pidió que las ceremonias religiosas se oficiaran en español para que los feligreses pudieran comprenderlas. Sobre todo, enfatizó la necesidad de que la Iglesia estuviera sujeta a las autoridades políticas”.

Fernández de Lizardi y la novela

Me habría gustado no detenerme tanto en el aspecto social de *El Periquillo*. Sin casi darme cuenta he dejado que el tema se extendiera. Me resultó necesario precisar algunas constantes de las preocupaciones sociales de Fernández de Lizardi para comprender mejor el sentido de sus relatos.





El Periquillo Sarniento es la primera novela escrita por un mexicano. Bien a bien no se ha logrado dilucidar el porqué de la inexistencia de este género en la Nueva España, donde la imprenta se ocupaba de publicar obras en verso y comedias, amén de un torrente de sermones y tratados de instrucción moral y religiosa.

Intentemos algunas explicaciones: debemos recordar que durante los primeros años de la Conquista existieron las disposiciones legales de 1532 y 1534 que prohibirían la publicación y circulación de este género de obras... "Que ningún español o indio lea libros de romances que traten materias profanas y fabulosas o historias fingidas, porque de ello se siguen muchos inconvenientes". Con el tiempo esas disposiciones fueron melladas por una práctica en contrario. Existen amplias listas de los libros que circulaban en la Nueva España que incluyen una buena dosis de novelas. Al final se vendían casi abiertamente en muchas partes. Pero una cosa era venderlas y otra imprimirlas. Una investigación reciente en los archivos de la Inquisición de México ha descubierto buen número de ellas a las que no se les concedió derecho de impresión.

Estas novelas secuestradas demuestran que la Inquisición seguía con celo la aplicación de las disposiciones legales citadas. Por otra parte, tal vez por el clima contrarreformista español, el género había caído en un temporal desuso en la Metrópoli. El Siglo XVIII es casi inexistente novelísticamente en la Península. Y en Nueva España, aun en el caso de que fueran permitidas, la impresión de toda obra debía hacerse a costa del autor y quienes se dedicaban a la literatura en las colonias, fuera de algunos poetas eclesiásticos, eran poco menos que parias sociales. La profesión en sí era vista con recelo. "Escribir no da sino cuesta".

Por otra parte, España no constituye una excepción. Después del Siglo de Oro, la novela no se cultivó casi en Europa (salvo escasas notables excepciones) sino hasta el siglo XIX. Existía un público cautivo para las obras de motivación religiosa, pero uno reducidísimo para las obras de ficción. A pesar del afán de algunos estudiosos del Virreinato en celebrar la obra educativa de España en nuestro continente, las cifras nos arrojan una realidad bastante miserable. De seis millones de habitantes de la Nueva España sólo treinta mil sabían leer. Es decir, apenas el 0.5% de la población. Por todas estas razones, especialmente las de carácter legal, no fue posible que *El Periquillo Sarniento* apareciera sino hasta después de que las Cortes de Cádiz anularon las restricciones existentes sobre la imprenta. De las cuatro novelas escritas por Fernández de Lizardi sólo una pudo publicarse en forma íntegra en vida del autor: *Noches tristes y día alegre*. De dos de ellas, *El Periquillo Sarniento* y *La Quijotita y su prima*, los últimos volúmenes se publicaron después de la muerte del autor. Y una novela, *Don Catrín de la Fachenda*, es por entero póstuma.

El género era muy nuevo. Iniciallo fue, a mi juicio, el mayor acto de heroísmo





emprendido por Fernández de Lizardi. Sus antecedentes literarios quedaban muy lejos, en la novela picaresca española del Siglo XVI. En cuanto a las ideas, algunas provienen, o al menos tienen esa intención, de Rousseau y de la Ilustración francesa. La estructura de la novela es lineal: narra la vida de un pícaro mexicano, un verdadero truhán responsable de la muerte, el encarcelamiento, la miseria y la desesperación de casi todas las personas que tropiezan con él a lo largo de su truculenta vida, quien al final, milagrosamente, se regenera. El relato sigue a este nada agradable personaje por sus diferentes estudios, profesiones y andanzas, que a veces lo llevan a la cárcel y al destierro.

El primer volumen sufre de asfixia moralizante. Fernández de Lizardi era ya conocido y apreciado como periodista. Su público deseaba ilustrarse con él. Y él le servía con hechos y cuadros de costumbres que acompañaba a cada momento de sermones y con un aparato de erudición que novelísticamente constituía un atropello a la acción misma del relato. Pero poco a poco va ganando el narrador sobre el moralista sentencioso. La anécdota se desentiende gradualmente del afán aleccionador, el lenguaje se vuelve más flexible, más visuales las escenas, hasta que se logra integrar una verdadera novela, en contra tal vez de las intenciones iniciales del autor.

Quien lea la prosa en español del Siglo XVIII, dogmática, acartonada, grisácea, se quedará perplejo ante la frescura y el vigor de ciertas descripciones. Asomémonos por ejemplo a una casa de juego de ínfima categoría donde el protagonista se refugia una noche.

"Otros cuatro o cinco pelagatos, todos encuerados, y, a mi parecer, medio borrachos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del billarcito.

"Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena sucio y frío y bebe pulque y chinguirito estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos, sin tener por donde salir, remataban en mis pobres narices; y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba; de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojé todo cuanto había cenado pocas horas antes.

"Januario advirtió mi enfermedad, y percibiendo la causa me dijo: —Pues amigo, estás mal; eres muy delicado para pobre. —No está en mi mano— le respondí. Y él me dijo: —Ya lo veo; pero no te haga fuerza, todo es hacerse, y esto pasa a los principios, como te dije esta mañana; pero vámonos a acostar a ver si te alivias.

"A la ruidera de la evacuación de mi estómago despertó uno de aquellos léperos, y así como nos vio comenzó a echar sapos y culebras por aquella boca del demonio. —¡Qué rotos tales de m...!, decía, ¿por qué no irán a vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, y no venir a quitarle a uno el sueño a estas horas?

"Januario me hizo seña que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que yo tenía, el miedo que me infundieron aquellos encuerados, a quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos trase-ros que disparaban y el pestífero zahumerio que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de perros".

Ha ocurrido un milagro. La lengua ha cortado sus amarras; está viva. Sólo así puede recrear la noche chusca y repugnante de Periquillo. En ese mínimo fragmento del relato se nos ofrece una vibración que trasciende a la escena que describe. El idioma se mueve, es el necesario para escribir novelas. Ha roto los grilletes que una muchedumbre de sacristanes y de mezquinos chupatintas le habían ceñido. Desde un punto de vista literario, Fernández de Lizardi había librado una batalla tan ardua como las de Hidalgo y Morelos en otros campos de la acción. Gracias a esa des-
envoltura, a la recuperación de un lenguaje liberado, nació una literatura nacional. Otros escritores fueron ampliando esa victoria. Luchando, a su vez, contra las servi-
dumbres que esa tradición tan ligada a una situación nacional imponía, se desentendieron de las facilidades de un cómodo fariseísmo político, y descubrieron los métodos para aprovechar mejor la realidad circundante y trascenderla. La deuda, consciente o no, con su obra, de quienes hoy día intentamos en México escribir novelas, es inmensa. ♦